

cuantitativo definida por las propiedades que determinan a un objeto dado.—E. T. G.

ROSSI-LANDI, (F.): *L'eredità di Moore e la filosofia delle quattro parole*, en «Rivista di Filosofia», vol. XLVI, núm. 3, 1955, págs. 285-303.

Dentro de un movimiento filosófico constituido por un grupo de filósofos y que, en términos generales, se definen por una cierta homogeneidad, caben actitudes de profundo desacuerdo. Estas palabras de Bergmann respecto del positivismo lógico, contribuyen a esclarecer cómo lo que hoy llamamos movimiento neo-positivista, y por otros autores filosofía analítica, puede manifestarse desde puntos de vista muy distintos. Para el positivismo lógico el lenguaje tiene una función fundamental en el orden metafísico. El lenguaje no es sólo el medio de comunicarse, no se trata de un instrumento o del principal instrumento, sino de una estructura que cualifica la concepción del objeto y la del fin. De este modo una investigación sobre el lenguaje es una investigación sobre la estructura del conocimiento mismo. Por otra parte, esta estructura lingüística encierra la suma de nuestras posibilidades de investigación, de modo que el análisis del lenguaje no sólo implica teoría del conocimiento, sino una crítica del modo posible del conocer lo que el conocimiento da como conocido. Algunos críticos han visto en esta actitud un manifiesto ateísmo, pero puede ocurrir, y de suyo en alguno de estos filósofos ocurre, que la limitación por la intrínseca inmanencia del lenguaje, lleve a una vinculación religiosa más pura, ya que se eliminan los supuestos racionales incluidos en el lenguaje, que posee un significado elaborado a través de milenios. Los dos libros que en este artículo consideramos preferentemente como guías son, de una parte, los *Elements of Analytic Philosophy*, de Arthur Pap, y *Ethics and Language*, de Charles L. Stevenson. Por estos dos libros se puede, sin más, poner de manifiesto que el subsuelo fundamental de la filosofía analítica está en la verificabilidad, es decir, la estimación de que los signos lingüísticos constituidos como proposiciones lógicas son tautologías y que las disciplinas no tautológicas se caracterizan por la verificabi-

lidad empírica en sus proposiciones sobre los hechos. De esta manera la moderna filosofía analítica del lenguaje se separa de las viejas críticas lingüísticas que partían del idealismo y que tanto éxito tuvieron en Italia. Precisamente la nueva tendencia busca en la conexión con el supuesto empírico, el procedimiento de hacer el lenguaje un medio que eluda la filosofía puramente tautológica, es decir, construida sobre juicios analíticos y que no salga de la aprioridad implícita en ellos. En este sentido la crítica del lenguaje es una crítica metafísica, y en cuanto tal crítica de la metafísica, abre el camino hacia una valoración de los hechos que tiene un peculiar carácter, ya que, siendo de sentido positivista, está, sin embargo, más allá del positivismo por la crítica de carácter filosófico que previamente se ha hecho del lenguaje como estructura.—E. T. G.

SCARPELLI (U.): *La natura della analisi del linguaggio (II parte)*, en «Rivista di Filosofia», vol XLVI, núm. 4, 1955, págs. 432-459.

Florece en el pensamiento anglosajón una contraposición entre el lenguaje filosófico y el científico, considerándose los lenguajes de naturaleza diversa, ya que se presenta el discurso filosófico como aquello que se refiere a los hechos que caracterizan una especialísima experiencia, la experiencia introspectiva. En el seno de esta distinción está el problema de la inserción de la psicología científica en el cuadro de las ciencias empíricas, de modo que sirva de fundamento a la expresión filosófica. Pero esta idea de contraponer el lenguaje filosófico al lenguaje científico, de acuerdo con las exigencias de la experiencia exterior y de la experiencia interior, carece de base profunda en el movimiento de la filosofía analítica, ya que esta filosofía encuentra en muchos casos su objeto en el propio lenguaje, que tiene, por consiguiente, que poseer una base unitaria. Así el tema fundamental de la filosofía analítica, es el tema del análisis del lenguaje. Este es el objetivo común de la *International Encyclopedia of Unified Science* y a este tema han dedicado dos libros de suma importancia Morris (*Foundation of the Theory of Signs*) y Carnap (*Foundation of Logic and Mathematics*). Estas dos monografías

tienen un particular interés porque en ellas se perfecciona el encuentro entre la tendencia pragmatista y empirista de la filosofía anglo-sajona y la escuela de análisis lingüístico y lógico derivada del círculo de Viena. Se asignan a la teoría del lenguaje tres sectores de trabajo: El pragmático, que se refiere al estudio del comportamiento de aquel que usa los signos lingüísticos en relación con los propios signos y con lo designado; la semántica, que estudia las relaciones entre signo y designado, abstrayendo cualquier otro elemento, y la sintáctica, o estudio del modo según el cual los signos se combinan dentro de un lenguaje. El conjunto de estas investigaciones, constituye lo que Morris llama Semiótica. El análisis lingüístico no niega que intervengan elementos intuitivos en la estructura lingüística, se limita simplemente a considerarlos en cuanto formulados ya como estructura. De este modo lo que se considera en toda proposición es que tenga significado o que no lo tenga. El significado implica la verificabilidad del contenido. Así, las proposiciones significantes exigen toda una teoría del significado, y, de este modo, la investigación analítica del lenguaje lleva a una ontología. Pero esta ontología no puede salir de los límites impuestos por los propios símbolos lingüísticos, ya que el lenguaje es de suyo intrascendente, según la famosa expresión de Wittgenstein.—E. T. G.

SCHARFSTEIN (Ben-Ami): *Bergson and Merleau-Ponty: A preliminary comparison*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 14, 1955, págs. 380-386.

Entre los filósofos franceses de nuestro tiempo, no hay ninguno más vigoroso y sugerente que Maurice Merleau-Ponty. Sin querer, surge la comparación con Bergson. Tanto uno como otro propenden a hacer de la intuición órgano del conocimiento, y los dos están influenciados por la literatura alemana. Merleau-Ponty, por Hegel y Husserl, por no hablar de Marx. Tanto Bergson como Merleau-Ponty defienden el conocimiento intuitivo por creer que la experiencia primaria es inexpresable en conceptos, y que el modo más riguroso de expresarla está en aquellas formas que, como la metáfora, permiten un conocimiento inmediato de la realidad. Ahora bien, esto no

quiere decir que la filosofía se reduzca a poesía o estética, sino que parte del hecho de la intuición y de las formas más adecuadas de expresarla. Dada la intuición como punto de partida, es indiscutible que la percepción y lo percibido son necesarios en la misma modalidad existencial, y que no puede separarse la percepción del hecho de ser consciente de ella. Cada uno de nosotros es, pues, un mundo que, en cierta medida, a sí mismo se satisface, y sólo a sí mismo se comprende, estamos en el mundo, y este estar en el mundo tiene la peculiaridad de constituirse como ser en el mundo, es decir, como historia. Es, pues, el transcurrir del tiempo lo que me hace visible a mí mismo, como ente enmundanado. De esta manera, el mundo es la unidad primordial de nuestras experiencias, concretamente, de mi experiencia. Desde este punto de vista, es difícil negar la libertad, y en efecto, Merleau-Ponty sostiene nuestra libertad como una experiencia primaria; somos libres en cuanto somos. Nuestra libertad implica la capacidad de decidir sobre el mundo natural, pero no una especial versión hacia el idealismo; al contrario, ser libre quiere decir que espíritu y materia están en indestructible conexión. Una vez más surge inevitable la comparación con Bergson. También en Bergson el análisis de nuestras intuiciones primarias nos descubre como libres en el mundo. Hay en ambos filósofos una confusión del pensamiento racional y el pensamiento poético, que los hace en cierta medida peligrosos. Más se ve en ellos una satisfacción estética que una preocupación filosófica en el sentido tradicional.—E. T. G.

VARET (Gilbert): *Dialogue and Dialectic (A Review of the Conference Held in Athens, May 2-6 1955, Under the Auspices of the International Institute of Philosophy)*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 20, 1955, págs. 533-539.

El primer Congreso Internacional de filósofos reunido en Grecia habría, necesariamente, de tener como tema el de «Diálogo y dialéctica». Este era el sentimiento común de todos los reunidos en Atenas para concurrir al Congreso de Filosofía, pues si algo caracterizó en términos generales la metafísica griega, fué el diálogo y, en cierto modo, el proceso del diálogo a la dialéctica es el pro-